

¿CÓMO ESTUDIAR LA FILOSOFÍA POLÍTICA? LA RESPUESTA STRAUSSIANA

Humberto Schettino

Instituto de Investigaciones Filosóficas-UNAM, México

HARVEY C. MANSFIELD

*A Student's Guide to Political
Philosophy,*
Wilmington, ISI Books

Hace ya mucho tiempo que la filosofía política recuperó una posición de importancia, sino en el debate público, al menos al interior del mundo académico. El problema ya no consiste en justificar el estudio de la filosofía política, sino en *cómo* estudiarla. Conforme pasa el tiempo aparecen más y más propuestas acerca de cuál es la manera correcta de estudiar filosofía política, que van desde el renacimiento del moralismo social (Rawls, Nozick y todo el debate liberalismo-comunitarismo), hasta la teoría de la elección racional, pasando por el análisis conceptual (pienso en Berlin o Bobbio), el estudio histórico de teorías (Skinner) y la propuesta que hoy nos ocupa: el regreso a los clásicos, es decir, Platón, Aristóteles y Cicerón.

C. Harvey Mansfield, profesor de teoría política en Harvard, ha publicado recientemente una pequeña guía de filosofía política para el estudiante. Esta guía es parte de una colección no de introducciones a temas importantes, sino justo de guías para estudiarlos, es decir, de pequeños «mapas», con indicaciones, que sirven para orientar y dirigir a un alumno que desee acercarse a la materia. Mansfield ha escrito una guía utilísima, que incluye una breve pero sustancial reflexión sobre los temas de la filosofía política, un también breve pero muy interesante repaso histórico por las figuras centrales de la tradición

política occidental y una lista de textos clásicos que el autor considera imprescindibles. Mansfield reconoce que esta guía defiende una versión posible de la filosofía política y es la clara y breve defensa de esa versión lo que hace a la guía, dirigida explícitamente a estudiantes y no a profesores, muy interesante también para este profesor de filosofía política.

Mansfield es, junto con el desaparecido Allan Bloom, el representante más destacado, en el mundo académico norteamericano, del peculiar estilo de filosofía política propuesto por Leo Strauss. Mansfield es conocido por un pequeño libro de ensayos en defensa del liberalismo clásico y por sus traducciones al inglés de tres obras fundamentales de Maquiavelo: *El Príncipe*, los *Discursos* y la *Historia de Florencia* (versiones que, para quien esto escribe, son las mejores en inglés). Además de las traducciones, Mansfield ha publicado un par de volúmenes dedicados a la obra del florentino. Con este *background*, uno podría pensar que el *strausianismo* de Mansfield sería más bien heterodoxo. La guía que hoy nos ocupa muestra, con claridad, lo contrario: es probablemente la mejor defensa, *in nuce*, de la propuesta de Strauss.

Mansfield comienza por sostener que la filosofía política se encuentra no en la práctica política, sino en libros de grandes autores y de algunos profesores. Sin embargo, la filosofía política *sí* surge de la práctica, en particular de un rasgo que para Mansfield es definitorio de la verdadera práctica política: el argumento. Para Mansfield la filosofía política y la propia

política se enfrentan a la necesidad de ofrecer y defender argumentos, a favor y en contra de posiciones que son necesariamente parciales. Este hecho determina la peculiar concepción de la filosofía política defendida por Mansfield: si la política consiste —en última instancia— en la oposición de argumentos, la filosofía política tiene un objeto y una limitación. El objeto es el juicio acerca del mejor o peor argumento, juicio que a su vez sólo puede ser emitido si es posible distinguir el *bien* del *mal* político. La limitación consiste en que es imposible superar la pluralidad de argumentos. Hasta aquí (pp. 1-6), podríamos estar enfrentados a una versión moderada del liberalismo, similar a la que propone Isaiah Berlin. Sin embargo, hay otros dos temas que completan la presentación de Mansfield sobre el contenido de la filosofía política: la oposición filosofía —ciencia política, que a su vez es una instancia de la oposición fundamental: filosofía antigua— moderna (p. 7).

En efecto, para Mansfield (como para Strauss), la tarea fundamental de la filosofía, que es definir el bien político, queda relegada en la modernidad gracias a la perniciosa influencia de aquel «maestro del mal» que era Maquiavelo y ello porque el florentino abandona la búsqueda del bien político a favor de la investigación de *hechos* políticos (p. 50), cuyo propósito es el mismo de la Ilustración, dominar la naturaleza política y hacerla más eficiente, sin importar los fines. Para Mansfield, la crítica de Maquiavelo al cristianismo fue «...el germen de la Ilustración, una conversión de los pueblos lejos de la fe en Dios y cerca de la fe en el control humano, dirigidos por filósofos (del tipo que hoy llamamos “intelectuales”) y orientados en contra de los sacerdotes» (p. 33).

Este cambio se muestra con claridad, en el siglo XX, en la oposición entre filosofía y ciencia política. La ciencia política

busca, nos dice Mansfield, «acuerdo», mientras que la filosofía política busca «lo mejor». Por ello la filosofía política ofrece valores o normas, mientras que la ciencia política busca «hechos»: cree, equivocadamente para nuestro autor, que es posible obtener acuerdos respecto de hechos, pero no respecto de valores.

Mansfield ha escrito una guía de la filosofía política para quienes deseen estudiar el tema y, por ello, se ve obligado a ofrecer un análisis de los grandes autores y una lista de los grandes libros: para Mansfield ambos componen lo que llama la «tradicición» de pensamiento político occidental, que es, a fin de cuentas, lo que un alumno debe estudiar. Sin embargo, y al igual que en el caso de Strauss, es imposible no darse cuenta de que para Mansfield lo que realmente vale es la *primera* parte de la tradición, la que va de Sócrates a Tomás de Aquino. La segunda parte de tal «tradicición», que es o cientificista o historicista, está basada en lo que podríamos llamar el «error de Maquiavelo» (aunque para Mansfield, como para su maestro, Hobbes comparte mucha de la culpa): cancelar la búsqueda del bien político para defender, en su lugar, la eficacia. Así, la pregunta que se impone es, ¿cuál tradición debemos preferir? ¿En qué versión de la misma deben ser educados los alumnos, en la moderna o en la antigua?

Como buen profesor, Mansfield no llega a descalificar el estudio de aquello que no le gusta y ofrece una interesante reconstrucción de los momentos fundamentales de la historia del pensamiento político, así como una lista con la que sin duda muchos no estarán completamente de acuerdo (por ejemplo, se propone a Bacon y no a Moro, y no aparece *El Federalista*). Con lo que muchos sí podrán estar de acuerdo es con la intuición central de la propuesta de Mansfield. Me refiero a la certeza de que mientras los seres humanos

se dediquen a la actividad que llamamos política, es decir, mientras la violencia no se imponga como medio de resolver conflictos sociales, será indispensable evaluar los argumentos que se propongan y, a pe-

sar de los intentos recurrentes de los politólogos, la filosofía política será una materia de estudio, si no indispensable, sí por lo menos de enorme utilidad para el mantenimiento de la civilización.

LA FENOMENOLOGÍA DEL PODER: UNA APROXIMACIÓN DESDE LA CULTURA GRECOLATINA*

Jorge Rendón Alarcón

Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa, México

Filosofía y fenomenología del poder, de Francisco Piñón Gaytán, nos ha parecido, en su conjunto, una especie de fresco renacentista en el que se combinan la simpatía por el hombre y la conciencia de las sombras que se ciernen sobre los actos del poder. Esta impresión tiene su origen en el amplio conocimiento de la cultura grecolatina del autor y que ha de servir de sustento a la reflexión que lleva a cabo a lo largo de su libro. Por lo demás, la figura de una fenomenología del poder parece ciertamente deudora de la idea en que se sustenta la *Fenomenología* de Hegel, es decir, una historia de la razón, de la conciencia humana. Dicho vínculo se ha de mostrar como acertado en el libro porque allí se trata de llevar a cabo una reflexión exhaustiva, desde la cultura, sobre la ambigüedad del fenómeno del poder.

Así, se empieza por advertirnos que tanto el poder como la libertad son esencialmente fenómenos históricos. Se destaca, entonces, que la filosofía del poder de la época moderna tiene sus raíces «culturales», sus motivaciones «ideológicas», en el mundo de los siglos XV y XVI. Lo anterior resulta importante cuando el autor destaca que la ética griega clásica se habría separado de la polí-

tica porque ésta se llegó a asumir ya como *técnica*, es decir, como «artificio para alcanzar y retener el poder». Todo ello habría de dar lugar a una escisión no resuelta entre ética y política. Kant y Hegel, no obstante, habrán de considerar el poder «como *dato* y *creación* de la historia del hombre». Pues, como señala el autor, el poder en cuanto fenómeno propiamente humano puede ser afrontado «por medio de una *racionalidad ética* (Kant) o por la instauración de una *eticidad política* (Hegel)» (p. 61). En efecto, nos parece que Hegel reivindica en la perspectiva de la Ilustración la autonomía misma de la racionalidad moderna, dando así por supuesto que no hay normas para nosotros los modernos —seres dotados de razón o espíritu— que puedan tener validez a no ser que efectivamente y de manera colectiva nos las impongamos a nosotros mismos en un proceso de reconocimiento mutuo.

Reflexionar, entonces, sobre la facticidad e historicidad del poder sólo resulta verdaderamente importante cuando se asume que el poder «tiene que ser explicado» teniendo en cuenta su efectivo devenir histórico y sus concretas estructuras culturales, puesto que la política, es decir, «el poder, como la voluntad del hombre, es un *fenómeno fáctico*».